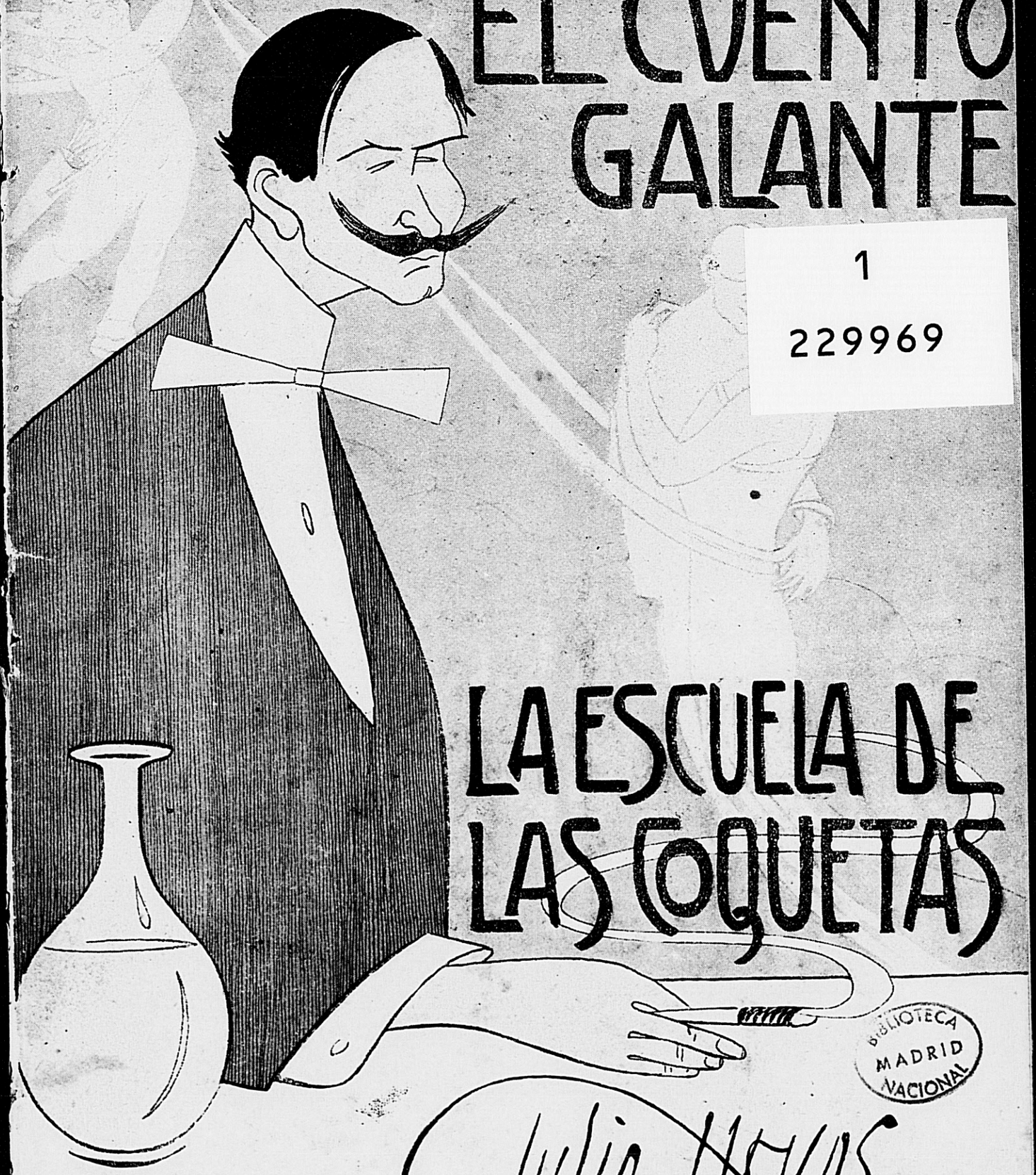
EL CUENTO GALANTE

1
229969



LA ESCUELA DE LAS COQUETAS

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

Julio Hazos

10 Cts

Quierdo Durán

AÑO I — 17 de Julio de 1913. — NÚM. 15

EL CUENTO GALANTE

...S JUEVES

...nto, 24.-MADRID

...MILIO CARRERE

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid y provincias: Trimestre, 1,25

:::: pesetas. Semestre, 2,50. Año, 5 ::::

Anuncios á precios convencionales.

NÚMERO SUELTO, 10 CTS.

1

229969

Concurso de EL CUENTO GALANTE

Estamos convencidos de que en algún rincón provinciano, ó luchando en la Corte para romper el anónimo, existen unos cuantos escritores de talento obscurecidos por un poco de mala suerte personal, por falta de estímulos para la pelea ó por el cretinismo de algún distinguido orangután de los que dirigen algunas publicaciones.

Deseando dar al público un nombre nuevo, abrimos un concurso para premiar un cuento para nuestro periódico.

Los originales constarán de nueve á diez páginas de EL CUENTO GALANTE; deben ser remitidos sin firma, con un lema y sobre aparte el nombre del autor. Conforme vayamos recibiendo original, iremos dando cuenta al público.

Habrá un premio único de TRESCIENTAS PESETAS al cuento que lo merezca á juicio del Jurado, compuesto por D. Joaquín Dicenta, D. Felipe Trigo y D. Eduardo Zamacois, actuando como secretario D. Emilio Carrere.

Si el Jurado lo estima conveniente, se recomendarán algunos originales con la retribución ordinaria de nuestra publicación.

El plazo de admisión de originales expira el día 30 de Agosto, á las doce de la noche.

Rogamos á cuantos nos favorezcan remitiéndonos originales se mantengan dentro de los límites del buen gusto artístico. El premiado será un *cuento galante*, una historia de amor sin restricciones de moral sacristanesca; pero nunca una cosa pornográfica y desprovista de buen sentido literario.

EN EL NÚMERO PRÓXIMO PUBLICARÁ

UNA GRAN MUJER

Novela, por ALBERTO VALERO MARTIN

R. 3335295

47/1703685

LA ESCUELA DE LAS COQUETAS

I

La clase de don José.

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

Magdalenita Pómez produjo aquella mañana un verdadero estupor entre sus condiscípulas del Conservatorio. Al pasar por la conserjería saludó afablemente, dando unos golpecitos en la espalda del simpático viejo:

—¡Buenos días, Camacho!

Y trotó por la escalera con su carrerita menuda y estridente de corza revoltosa.

El bonachón del conserje se quedó algo perplejo al recibir la salutación acariciadora. La voz la conocía bien: la de Magdalenita, no cabía duda; pero aquella cabeza de oro pálido que asomaba bajo el amplio sombrero le desconcertó. La Pómez tenía los cabellos negros, de una negrura mate, tan intensa, que la luz se hundía en ella sin lanzar un destello... Y, hasta la figura tenía algo de extraño... ¿A ver?



Se asomó al hueco de la escalera y vió á la futura actriz ascendiendo entre la multitud de necios desocupados que diariamente acude al Conservatorio para cortejar á las alumnas, juzgando que ellas constituyen la juventud femenina más propicia á todas las seducciones del primer enemigo del alma.

¡Vaya si era Magdalenita, la Magdalenita de siempre, que había hecho una judiada más pintándose el pelo de rubio! Sólo con verla subir por la escalera se la reconocía en seguida. ¿Qué otra era capaz de subir tan gallardamente?

Todas las demás, conforme iban llegando, se esperaban frente á la conserjería para subir á las clases y afrontar más valerosamente aquella

peligrosa ascensión; pero la Pómez de intento llegaba la última ó se aguardaba en el portal leyendo las listas, por el placer de subir completamente sola. Y en aquel trance parecía una de esas amazonas norteamericanas, heroínas de novelas aventureras, que desafían todos los peligros, valientes é invulnerables, como la Diana mitológica.

Por otra cualquiera Camacho hubiese subido á rogar al respetable concurso de zánganos que guardara la debida compostura y el respeto conveniente á una señorita y á un lugar de instrucción y cultura; pero el conserje sabía que aquello le agradaba extraordinariamente á la linda muchacha. Siguió sonriendo y se abstuvo de enarbolar su autoridad, que nunca hubiese cumplido un papel más oportuno. Porque era de ver cómo la asediaban con palabras del más rojo atrevimiento y de qué manera estrechaban el sitio por donde tenía que pasar, para sentir la blanda y cálida caricia de su cuerpo, que se iba deslizando entre aquellos varones como esas aguas de los ríos mansos entre los terrones gredosos de las riberas, dejando en ellos la tibia humedad de sus linfas soleadas.

Al rellano del primer piso se asomó un grupo de señoritas protestando de aquella revuelta varonil. Eran las alumnas de música que en el Conservatorio monopolizaban la virtuosa gazmoñería; la franca y democrática amoralidad la exhibían, en cambio, como el más noble orgullo las de declamación.

Se apartaron con un gesto despectivo para dejarla libre el paso, mientras la asaetaban con miradas escrutadoras. Sólo una de ellas se adelantó á saludarla:

—¡Magdalenita! ¿Pero eres tú?

—Hola, Victoria. Ya lo ves. Qué, ¿no me habías conocido? ¿No te gusto?

—Chica, estás preciosa con ese pelo. ¿Te has oxigenado?

—¡Qué imbécil! ¿Crees que uso yo esas porquerías? Un tinte que me ha costado veinte pesetas. ¿Entras hoy á nuestra clase?

—Sí; es decir... creo que sí.

—¡Claro, mujer, "fúmate" el piano!

Las compañeras de Victoria se retiraron escandalizadas y, luego que la Pómez se alejó, se desataron en improperios. ¡Qué escandalosa! ¡Vaya un trajecito que había llevado aquel día! ¡Desnuda hubiese estado mucho más decente!

Por el pasillo se oyó una voz proclamando el nombre de un profesor y las alumnas se levantaron de los silloncitos aterciopelados que se extienden á lo largo de la pared. Todas entraron en la clase, menos Victoria. La invitación de la Pómez la tenía perpleja. ¿Qué porvenir la ofrecía el piano? ¡Bah, saber unas cuantas piececitas de zarzuela para las *cachupinadas* familiares! Tenía razón Magdalena: el teatro abría horizontes más positivos y más amplios. Empezaría á ir á su clase en calidad de oyente.

Y, ya decidida, entró en la sala de espera.

La Pómez corrió á su encuentro:

—Ven, ven. Te voy á presentar.

Se acercaron á las demás, que charlaban alocadamente sentadas en los bancos, junto á los futuros Talmas, aguardando la hora de clase.

—Mi amiga Victoria Ugarte, que se ha decidido á ingresar en la sección de señoritas decentes. Y siguió la presentación de sus condiscípulas: —Emilia Durán, característica; no te digo más en favor de su talento. Ya ves que con esa cara y ese tipo de clérigo joven no se puede estudiar para otra cosa. Pero es la mar de simpática; ella se encarga de traernos la buena Prensa: el *¡Ahí va! La Hoja de parra*... La señorita Hortelano, que ha tenido el honor de ser sorprendida conmigo en la Moncloa en el momento culminante de faltar á la moral en compañía de nuestros respectivos novios.

La aludida, una preciosa muchacha de ojos aterciopelados, saltó sobre la Pómez y puso sus manos sobre la boca acusadora. Al saltar, flotó suelto y ondulante su cabello recogido con una lazada y bajo la tela del busto temblaron los senos, precoces y gelatinosos.

—¡Qué atroz! ¿Y tú?

Magdalenita echó hacia atrás la cabeza y siguió:

—También, también yo me presentaré. Magdalena Pómez, alias *la golfa*, que parece un ovillo... ¿Estáis conformes?

Pero todas exigieron que aclarase aquello de parecer un ovillo. Y la Pómez no se inmutó:

—Dicen que parezco un ovillo, porque estoy siempre liada.

El cinismo de la muchacha produjo un estruendo de risas. De un ángulo de la sala se oyó la voz de la celadora amenazando dar parte al director si no se guardaba silencio. Después asomó por la puerta el ujier y gritó:

—¡Señoritas de declamación: D. José Moreno!

Salieron al pasillo atropellándose y llegaron al salón de actos, que era en donde daba la clase de tercer año D. José Moreno, un renombrado actor que allá, en los buenos tiempos de su juventud, hizo las delicias de nuestros padres con las obras de Vital Aza y Miguel Echegaray. A pesar de su carácter cómico, era el encargado de formar el espíritu de aquellas actrices en fárfara, y de continuo se estrellaban su buena voluntad y sus excelentes dotes de jocoso histrión con las disposiciones dramáticas ó sentimentales de sus discípulas. El profesor se esforzaba por imprimir en las lindas muchachas que acudían á su clase todos los amanerados procedimientos de ese efectismo vacío que fué la norma reinante entre los comediantes de su época, y era el encargado de enseñar á una mujer cómo debía sentarse en escena, cómo era conveniente que accionase, de qué manera se debía andar por el tablado, cómo se ponía en juego el difícil mecanismo de los ojos, ese maravilloso artificio cuyo secreto es patrimonio exclusivo de las hijas de Eva...

Como esto ocurría diariamente y no podía menos de resultar grotesco, lo que en aprovechamiento perdían las alumnas, lo ganaban en diversión y regocijo.

¡Así entraron las lindas muchachas en la sala! Victoria Ugarte fué la única que se significó por su tímida compostura. Las demás se destocaron de los sombreros y, al dar los buenos días, fueron gentilmente lanzados por el aire; después los abrigos cayeron de golpe en los silloncitos del salón. La que no lo hacía así, sobre ella caían



las burlas de sus compañeras. Era de mal tono tratar con delicadeza la *indumentaria:* lo habían aprendido del profesor señor Comba, que de este modo trataba él la asignatura.

A D. José no le desagradaban mucho los resueltos modales de sus discípulas. ¡Diablo de chicas! Y, para reconvenir á todas, se dirigía á la más bonita y la daba un golpecito en las caderas, ó pasaba la mano acariciadora por la barbilla de raso.

Una vez presentada la de Ugarte al profesor, se dió comienzo al ejercicio de aquella mañana. La discípula Pilar Lobo se encargó de apuntar la obra, sentada junto á la embocadura del proscenio. Los que tenían reparto en la comedia, aguardaban su turno entre bastidores, y los que no toma-

ban parte en el ensayo, rodeaban á don José, que se hallaba en el salón con el abrigo puesto y el sombrero calado.

Magdalena Pómez representaba el papel de protagonista. En su carácter frívolo y coquetuelo encarnaba muy mal el espíritu dramático de la heroína; sin embargo, decía con bastante naturalidad los extensos parlamentos en versos endecasílabos. Pero el profesor la corregía malhumorado; era preciso decirlo con más calor. Y, para que lo comprendiese bien, se lanzaba al escenario y empezaba á declamar con un tono altisonante y ahuecado para derivarlo todo en un latiguillo final, bien acompañado de aspavientos de brazos.

—A ver, repita usted el parlamento.

La muchacha lo tomaba á broma y lo hacía lo más grotesco posible. Entonces el profesor asentía:

—¡Muy bien! Vamos ahora, Pierrat.

El aludido se acercó á la Pómez para expresarla su pasión. D. José no se daba por satisfecho:

—Pero, hombre, ¿cómo va á convencer á nadie de que está usted enamorado? ¡Se hace así!

Y encargándose del papel de Pierrat, exagerando la nota para hacérselo comprender mejor al discípulo, se abrazó á Magdalenita, ciñéndose á su figura felina.

Ella pretendía separarse, huir la proximidad de aquel hombre, que le sentía todo voluptuoso y tremante á lo largo de su cuerpo, mientras él la sujetaba repitiendo al alumno:

—¡Así, hombre, así!

La Pómez, como una gatita acosada, encogió su figurilla ágil y nerviosa y escapó, riendo locamente.

Las compañeras la felicitaron. Aquello había sido un triunfo del color y de la forma. Sin duda D. José las prefería rubias. Y, además, el trajecito aquel, que señalaba hasta el más ligero pliegue de la carne oculta... Y una de ellas pasó la mano por la falda, ceñida como la misma piel.

Magdalena lanzó un grito ahogado y se encogió violentamente, presa de un hormigueo nervioso.

—¡Chiquilla, que no llevo nada más!

Y era cierto; se había puesto su traje favorito: un directorio, tan ceñido, que no permitía debajo la más leve tela interior; hasta el broche de las ligas se destacaba con un relieve excitador y punzante.

El profesor todavía fué hacia ella, en una congestión erótica que le asomaba al semblante y le bailaba en los ojos. Al ver que todas las miradas le apuntaban, se sentó en una silla é invitó á la linda muchacha, y, sin darse cuenta, puso la mano en el asiento, con la palma hacia arriba...

Ella dió un salto eléctrico, como el de un muñeco al que le oprimen el mágico resorte de su mecanismo.

Esta fué la impresión que les dió á todos; y á propósito del resorte que la había oprimido el profesor, se hicieron los más picarescos comentarios.

Victoria lo observaba todo con un mohín de provincianita asustada. La Durán se lo hizo notar á Magdalenita:

—Te advierto que tienes escandalizada á tu amiga.

—¿A ésa? No la conoces. Es una mátalas-callando... que ¡ya, ya!

Había terminado la clase y se dispusieron á salir. Recogieron los sombreros y los abrigos y salieron al pasillo, en donde las aguardaba un grupo de admiradores.

La Ugarte le preguntó en voz baja á Magdalenita:

—¿Quiénes son?

Andresito González-Blanco, el niño prodigio, una precocidad que está al borde ya de la Academia de la Lengua. Martínez Cuenca, que reparte el tiempo escribiendo cosas muy aburridas, pero muy largas, y rizándose las guías del bigote con tenacillas planas. Aquel otro es Luis Brún, un poeta más enamorado que Don Juan. Y el de más acá es el intrépido marino Peñalba de Ojeda, que viene todos los días á recitarnos versos y á colocarnos colmos. Te advierto que esto es muy divertido. Todos nos quieren empujar, todos nos brin-



dan protección, y nosotras nos reimos mucho á costa de ellos. Ven, te presentaré.

—No, no.

—¡Jesús, qué melindres! Entonces, hasta mañana. ¿Vendrás?

—Me parece que no; no sé lo que me pasa, no sirvo yo para este jaleo.

—Que te compongan, hijita. Hasta cuando quieras.

Cuando iba á incorporarse á sus compañeras, la detuvieron por el extremo del abrigo. Se volvió hacia el que la detenía:

—¡Caramba, Sandoval! ¡Cuánto tiempo!

—Oiga, Magdalena, ¿quién es esa muchacha que estaba hablando con usted?

—Victoria Ugarte, no la conoce; ha entrado hoy por primera vez de oyente en la clase de D. José. ¿Quiere que se la presente?

El se echó á reir.

—¡Siempre con la manía de las presentaciones! Bueno, con mucho gusto.

Se acercó á la escalera y gritó:

—¡Victoria, aguarda ahí abajo!

Hacia la calle del Arenal se dirigieron todos alrededor del profesor; sólo Victoria y Sandoval marchaban á la zaga hablando muy animadamente. Al llegar á la Puerta del Sol se disolvió el grupo. Magdalenita fué á despedirse de Victoria.

—Bueno, hasta cuando quieras.

Y la amiguita le preguntó:

—Oye, ¿á qué hora es mañana la clase?

—¡Ah! Conque ahora sí que vienes, ¿eh?—Y sonrió maliciosamente á su amigo.—A la hora que Sandoval quiera venir. Ya sabía yo que esto se complicaría.

II

Las riberas del peligro.

La sospecha de Magdalenita se confirmó en absoluto. Todas las mañanas Daniel de Sandoval esperaba á Victoria á la salida del Conservatorio. Al principio resistieron con paciencia las bromas de la Pómez, que se divertía mucho con aquel romántico enamoramiento; pero luego convinieron en evitar la enojosa fiscalización. Entonces se trató del sitio y la hora que les facilitase la necesaria independencia.

Y aquí expuso ella su gran temor.

—¡Si nos viese mi padre!

¿Qué de particular tenía aquello? ¿Era la única muchacha á quien el novio acompañaba por la calle?

—Si no fuese algo prematuro, iría á ver á tu padre y le pediría permiso para...

No le dejó acabar.

—De ninguna manera. ¡Tú no sabes cómo es! Me tiene prohibido que hable con ningún hombre.

—Bueno, eso no importa. Ahora te dejará.

Pero ella insistió, toda temerosa y azorada. Su carita había palidecido de pronto y sus párpados se entornaron dejando ver el azul de las pupilas muy hondo y muy difuso, como si un lejano temor desde el corazón se lo fuese sorbiendo poco á poco. Para que él desechase la idea, pronunció después aquellas palabras, que eran el secreto de una familia ó el misterio de una psicología complicada:

—Mira, Daniel, primero consentía en escaparme contigo que en dejarte hablar con mi padre.

¿Qué más podía desear Sandoval? Una linda muchacha, sensible, romántica y novelera, que prefiere una fuga del hogar paterno á una entrada en la Vicaría con la epístola de San Pablo en los oídos, es un hallazgo poco frecuente entre la honesta clase de burguesitas casaderas, sobre todo cuando no existe el deslumbramiento de una vida fastuosa, ó regalada siquiera.

Era la primera vez que Daniel lo escuchaba de labios de una mujer en circunstancias semejantes. Sin duda debía de exagerar algo; por muy costoso que le sea á un padre dejar que otro hombre se le lleve bonitamente lo que tantos desvelos le cuesta y tantas satisfacciones le produce, á la postre, el más celoso progenitor, como el más estúpido de los industriales, prefiere ver su producto colocado en la circulación que pudriéndose en los estantes de la casa.



Ahora que, como aquello, de un lado le exoneraba de todo compromiso formal; de otro lado ponía sobre las relaciones un carácter algo extraordinario y de todos modos halagaba sus deseos, prefirió seguir el consejo de su novia, puesto al cuidado de burlar la vigilancia del padre.

Un ingenio de esta corte ha dicho que *el amor asusta*, y ved por qué extrañas sutilezas del alma social en algunos casos se corrobora esta observación. Ella lo prefería todo, la fuga inclusive, por sólo la sospecha de enojar al autor de sus días... Pero ¿quién era aquel padre? ¡Cosa más extraña!... Y á pesar de que lo único esencial, la voluntad de la mujer, la había conquistado en absoluto, aquella inclinación tan decidida, aquel modo tan altruísta de capitular sin obstáculos ni condiciones, le asustó á Daniel de Sandoval.

Le asustó, sí; por más supercherías que él mismo se forjaba para disculpar su conducta, esa era la verdadera palabra, el fallo justiciero que merecía. Porque desde aquel momento, si él sospechaba que el padre era un tirano, debía libertarla de aquella tiranía intolerable; si lo juzgaba todo como una argucia femenina para dar

más pronto con el instante de la entrega, buscando al mismo tiempo una disculpa para que no pareciese tan fácil, él debió precipitarlo todo y, como el arquero divino, prender á las ancas de su quimera la estrella pálida que acababa de abrirse en ese cielo de ensueños y romanticismos, en donde sólo les es dado vivir á los héroes legendarios.

¿Habían marchado los acontecimientos con demasiada precipitación? Esto no podía esgrimirse como un inconveniente desde el momento que venía en ayuda del propósito deseado. ¿O es que acaso el muy ladino sibarita quería paladear hasta los menores detalles, llevando con extremada lentitud la carrera de la felicidad?... Lo innegable, lo que no dejaba lugar á ninguna clase de dudas, es que desde aquella extraordinaria revelación la mujer apareció á los ojos de Sandoval como á través de una opacidad nebulosa y le produjo ese vago sentimiento temeroso, pueril é inocente quizás, pero temor al fin, de no sabía qué presentido peligro.

Desde entonces se propuso andar con tiento, extremar la cautela y bordear muy despacio las riberas de aquel peligro supuesto para que no llegase á sorberle ese vértigo fatal de los abismos.

Tal vez Sandoval, mezcla de niño y de filósofo, de ingenuo y de experimentado, adulteraba la verdad da las cosas con inútiles sutilezas; pero como esto era el producto incorregible de su temperamento, la revelación de Victoria le lanzó á un laberinto de confusiones.

El espíritu de la muchacha se resistía á su observación. A veces la creía de una inocencia tan infantil, que se le llenaba el alma de ternura; á veces la creía de una sutileza tan astuta, que le daba miedo. Pero nunca la creyó sincera, porque tenía muy presente que, como futura comedianta, en todo momento ensayaba la hipocresía de su arte. Y pensó apartarla de la carrera recién elegida. Por Magdalena Pómez conocía el espíritu dominante en todas las que acudían á la declamación del Conservatorio y juzgaba que aquello, en lugar de ser la escuela de las actrices, era la escuela de las coquetas, y jamás lograría leer claramente en el alma de su novia mientras no la separase de allí.

Y comenzó Victoria á faltar á la clase de Don José.

Era preciso evitar la exhibición de la calle, cualquier encuentro inoportuno que llevase al padre la noticia, esto es sobre todo: que el padre no se enterase de nada. ¿Qué harían para ocultarlo?

A él se le ocurrió muy pronto, pero no se lo quiso decir.

—Mañana lo verás.

Al día siguiente, cuando ella doblaba la esquina de una calle próxima al Conservatorio, del interior de un coche salió la voz de Daniel:

—Victoria, sube en seguida.

Fué aquello tan inesperado, tan sorprendente, que no dió lugar á dudas ni reflexiones; el menor titubeo podía ser origen de una expectación peligrosa...

¡Eso era lo que él se había propuesto! Cuando la vió entrar en el coche sonrió, satisfecho de su pericia. Para serenar su ánimo sobresaltado, él se encerró en el círculo del más estricto comedimiento. Así se lo manifestó:

—¡Cálmate, nena, cálmate! Aquí, como en todas partes, mientras estés á mi lado, no ocurrirá más de lo que tú quieras que ocurra. Esto es por ti, para que nadie nos vea.

Pasaron por la calle del Arenal, luego junto al Conservatorio, en el momento en que Pilar Lobo y Magdalenita entraban.

¡Qué sensación de temor! Parecía que las ventanillas se habían extendido por todas partes formando alrededor de ellos un fanal cristalino que los descubría y los acusaba. Para mayor contrariedad, el vehículo tuvo que acercarse al edificio de la ópera, porque desfilaba un batallón de regreso del relevo. El estruendo alegre de la música y el espectáculo de los bélicos uniformes, atrajeron hacia aquel punto las miradas de todos. Los balcones y las ventanas del Conservatorio estaban llenas de cabezas conocidas; á la puerta casi todas las alumnas...

Y el coche parado, sin poder proseguir su marcha.

Victoria creyó morir de miedo. Se apretó junto á Daniel, escondiendo la cabeza entre el hombro y el sombrero de su novio; él la envolvió en el escudo de sus brazos... Y del primer beso, yo os juro que no tuvieron ellos la culpa. Fué que el coche, libre ya de obstáculos, se puso bruscamente en movimiento, y la sacudida inesperada acercó demasiado los labios y produjo un chasquido semejante al que Pablo y Virginia producen eternamente en su bendito castigo plutoniano.

Las manos femeninas aleteaban sin tregua procurando evitar la explosión acariciadora, y la carita ruborizada, en sus movimientos esquivos, no consiguió más que ser besada por todas partes: desde la tersura matinal de la frente, hasta los pliegues crepusculares de la garganta... Después, ese desfallecimiento voluptuoso en que se deja hacer, y esas respuestas cálidas y lentas, en que el pícaro cieguecillo de las alas parece que se entretiene en ir devanando el hilo de la vida.

...Y, entre tanto, el coche muy despacio, muy despacio.

¡Oh, sabios aurigas! ¡Hijastros de Celestina y tutores de Cupido! ¡Qué bien hizo el que confió á vuestras manos expertas esos nidos volantes que, en pleno día y burlando la estúpida civilización, llevan oculto en su seno un rincón de los bosques dionisíacos y un eco de la flauta de Pan Nuestro Señor!

Pero no sucedió nada más. Si Victoria al poner el pie en el estribo del coche se creyó irremediablemente lanzada en el fondo del peligro, tuvo ocasión de convencerse de que sólo caminaba por las riberas. Huyó el temor y ya muchas veces era ella la que aguardaba á Daniel en el interior del vehículo.

Las relaciones se desenvolvían en un grado de prudente intimidad; en ella debía de influir mucho el temor que le inspiraba su padre; en él influía el espíritu de recelo con que veía la docilidad de la muchacha. Si se produjo alguna ligera nubecilla, fué por culpa del dichoso Conservatorio. Victoria no quería faltar todos los días; pensaba que alguna vez la casualidad podía hacer que su padre y el profesor se encontraran y se descubriese todo. Sin embargo, esto no acababa de convencer á Sandoval. Cada vez que su novia iba á clase, la hallaba más frívola, y hasta coqueta inclusive. Todo se le volvía hablar de sus compañeras: Que si á Fulanita la rondaba el conde Tal; que si á Menganita le habían regalado unos pendientes; que si á Zutanita la protegía un empresario rico...

En aquellos momentos veía Daniel asomar el espíritu de la Pómez, el contagio funesto de aquel ambiente que tenía todas las seducciones del primer enemigo del alma...

Un día llegó á cerciorarse de que el Conservatorio acabaría por vencerle. Había ya mordido el alma femenina. Su novia le ocultaba un deslumbramiento de lujos y de cortejos, de aplausos y popularidad, de todo eso que constituye la varita mágica con que se vulnera la virtud de las mujeres.

Desde entonces la colocó en una lejanía inaccesible. ¿Podía él, acaso, proporcionarla todo aquello? ¡Pues para qué arrastrarla consigo! Más ó menos pronto, la catástrofe sería inevitable, sí; pero no quería ser él quien la produjera; no quería que sobre su conciencia cayese aquel primer empujón que la había de hacer después rodar toda la vida.

Una mañana Victoria no acudió á reunirse con su novio. Era la primera vez que sucedía y Daniel se inquietó mucho. ¿Habría intervenido el padre? Por prudencia se abstuvo de escribirla. Al día siguiente fué al Conservatorio... Nada se sabía de ella. Esperó á que Magdalenita Pómez saliese de clase.

La muchacha le recibió con su alegría habitual:

—¡Daniel, usted por aquí! ¡Y solo!

—¿Tampoco sabe usted nada de Victoria?

—Hágase el desentendido. ¡Si no viene casi nunca! Usted sabrá dónde se esconde.

—Esta vez no lo sé. Temo que su padre no la deje salir. Creo que es un hombre terrible.

—¡Bah, no haga caso! ¡Pues así que la chica se ahoga en tan poca agua!

É hizo un gesto que acabó de desconcertarle.

—Magdalena, no sea usted mordaz. Me consta que su padre no tiene razón para tratarla así.

—¿Está usted seguro?

No le era grata la conversación, y se despidió en seguida. ¡Pobre Victoria! ¡Mientras su amiga la juzgaba con tan poca piedad, estaría encerrada en casa sufriendo la tiranía del padre!... ¿Qué podría hacer él? Se resignó á esperar.

Pero fuè bien poco, tres días pasaron; al cuarto, se presentó Victoria en la propia casa de Sandoval. La patrona le anunció la visita, recelosa y huraña. Y él la advirtió:

—Esa señorita, como si fuese mi hermana. Comprenda usted que para ocultar algo no vendría aquí. Sobran en Madrid sitios para eso... Y si no le parece bien...

—No faltaba más. Yo sé que usted es un caballero y que ya ha tenido ocasión de ver que mi casa es muy formal. Puede recibir á quien quiera. ¡Justamente el huésped que mejor me paga!

A esta última consideración económica debió Victoria la entrada. Un amigo oficioso le había dicho al padre que la vió acompañada de un joven. Ella negó y fingió todo lo posible, pero no pudo evitar un secuestro. Al fin, burlando la vigilancia paterna, podía disponer de un momento libre, y por eso llegaba allí sin avisarle de antemano.

Solos, seguros, ajenos de toda sorpresa, jamás la ocasión fué tan seductora; jamás á dos enamorados los acechó tan de cerca la serpiente, mostrándole en la boca el fruto del árbol de la vida... Ya se sentía ella cubierta por la sombra del manzano paradisíaco; ya sentía rota y deshecha la cota protectora de los nervios; ya sentía cómo la atravesaba la satinada piel el vaho del lecho varonil, que aún conservaba la huella caliente del cuerpo de su novio.

La ocasión era tan inminente, que la llenó de clarividencia el futuro, y acaso, sintiéndose débil para la resistencia, tal vez queriendo disculpar su donación, pero con la seguridad de un acontecimiento inevitable, recurrió á la bondad del hombre.

—Daniel, no me juzgues mal, no interpretes así mi conducta. Yo he venido aquí porque no podía pasar más tiempo sin verte.

Lloraba; lloraba con ese llanto tan adorable, que es el único tesoro del que sienten generosas todas las mujeres.

Si alguna traición oculta guardaba Sandoval, aquellas lágrimas la deshicieron. El había prometido respetarla; fiada en esta promesa, acudía ella desafiándolo todo. La traición hubiese sido villana, propia sólo de un rufián.

Y al tiempo que procuraba tranquilizarla, sus manos acariciaban bajo el escote del vestido.

—No tengas miedo, nenita. Nada que te comprometa; ¡pero, déjame, déjame!

Con la última palabra quedó la blusita despasada de los broches y la suave curva de los hombros al aire. Luego, la seda fué resbalando por los brazos, y una oleada misteriosa hizo saltar los senos, que se presentaron descubiertos y temblorosos, como dos rosas agitadas. Daniel se apartó para admirar mejor el hechizo, y vió que le embestían, rojas y erectas, las puntas de los senos, como si desde dentro de aquella carne jadeante asomase un sátiro la tentación de sus cuernecillos.

La blancura mate de la piel, esa blancura opaca de no haber recibido nunca la caricia del aire ni el beso de la luz, esa blancura extraña con que se tiñe el cuerpo destinado á estar siempre oculto, produjo en la retina de Sandoval un deslumbramiento mágico... Concibió la idea repentinamente y, ansioso del espectáculo pleno, deshizo lazos, despasó corchetes, tiró de todas las telas, venciendo fácilmente el leve simulacro de resistencia que se le oponía.

Sobre la seda roja del edredón, el cuerpo desnudo de Victoria tenía una palidez más intensa, más enfermiza. Hasta las rizadas ondulaciones de la sangre excitada pasaban por debajo de la piel sin colorearla, sin alterar aquel suave tono de marfil antiguo. En las pupilas fué donde se refugió todo el rubor, pero tampoco pudo verse allí, porque la púdica Venus ocultó con un brazo sus pupilas.



Sin embargo, ella sentía que toda su piel se había hecho transparente, que por todos los poros le entraba una visión luminosa; y teniendo los párpados cerrados, veía con toda la piel de su cuerpo, que acechaba su desnudez una legión inmensa de miradas, igual que si por encima de su carne el propio Argos hubiese abierto el abanico de sus cien ojos...

Tampoco ocurrió más. Todo volvió á recomponerse; sedas y encajes, cintas y batistas tornaron á ocupar el puesto que les correspondía, y bajo estos femeninos adornos, desaparecieron las huellas acariciadoras, como en los sueños que se disipan. Pero las lágrimas no; las lágrimas vinieron á poner un epílogo triste y amargo á la escena amorosa, y esta vez con profundos sollozos, en los que el alma entera se escapaba

¿Por qué? ¿Por qué aquel llanto de la mujer, cuando acababa de pasar la hoguera, incólume, intacta, sin que las llamas consiguieran retenerla en los flamígeros brazos del incendio?...

Sandoval no sabía que hay un instante cumbre en el alma femenina en el que sobre todas las cosas ponen las mujeres el orgullo de su sexo. Eva conocía la prohibición y el castigo, y todo lo afrontó por ver triunfante su gracia de seducción.

Con otros ojos más humanos, Daniel hubiese visto en aquellas lágrimas el dolor del desastre, la amargura de la preterición, el fracaso del amor propio lacerado.

Pero él tenía ya bastante con su triunfo. ¿No había sido aquello una entrega definitiva? ¿Tenía más que haber alargado la mano para tomarlo él mismo todo?... Lo demás hubiese sido reprobable. No se debe pagar con la traición tan gran generosidad

Y entonces, al hacer el análisis de su comportamiento, se sintió más orgulloso que nunca y creyó firmemente que el llanto de Victoria era la tierna respuesta de su gratitud.

III

Decididamente...

Decididamente, la filosofía es una vieja antipática cuya enfática prudencia no sirve más que para aguar las fiestas espirituales. Creemos que con su ciencia poseemos la brújula de la vida, y de continuo nos hace perder la verdadera ruta llenándonos de sorpresas y de inquietudes.

Así, al menos, le acaeció á Sandoval. Llegadas á tal extremo las intimidades, creyó que aquella mujer se hallaba ya totalmente atada á su vida: primero, por las concesiones hechas; después, por la caballerosidad de su conducta. ¿Cuándo iba á encontrar otro hombre que, en semejantes circunstancias, procediese como él?

Pero se engañó. Desde aquel día memorable vió que sobre el espíritu de su novia iba cayendo un velo glacial que la helaba y la ensombrecía. Eran las primeras cenizas del incendio que empezaba á extinguirse. De continuo la encontraba reservada y silenciosa, y hasta parecía que buscaba pretextos para huir las entrevistas.

El creciente temor de que lo supiese el padre, era el motivo principal que Victoria esgrimía en su defensa; pero Daniel comprendía bien á las claras que á otro motivo obedecía el cambio. Para cerciorarse mejor, la dijo que obrase en completa libertad; ni contrariarla, ni reconvenirla. Daniel aguardó inútilmente muchas veces la llegada de Victoria, y cuando ella acudía por fin, ni una queja siquiera; nada.

Entonces su ánimo sufrió una inesperada reacción. Era el amor propio que levantaba su queja. Le dejó hablar, y oyó que le decía: "Es ella la que debe buscarte, ella la que debe arrastrarse tras de ti."

Obediente á la voz del orgullo lastimado, esperó á que Victoria le llamase, á que fuese á buscarle, otra vez seducida y dominada... Esperó... y dejaron de verse.

Cuando volvió á saber de ella, era ya un año el tiempo que había transcurrido. Y lo supo porque Magdalenita Pómez le escribió comunicándole la noticia.

¡Qué sorpresa! ¡Qué carta tan horrible! Por ella supo cómo un día llegó aquel padre tan temido al Conservatorio preguntando á todos por su hija. ¿Dónde estaba? ¿Con quién se había escapado la muy bribona? Habló con los profesores, con las celadoras, con el conserje, con todo el que pudiese haber conocido á Victoria. Pensaba matarla. Pero ella no aparecía por ningún sitio.

De primera impresión se resistía á creerlo; pero pronto recordó que él ya había previsto la catástrofe. Y escrutando en el pasado con aquel microscopio de su filosofía, halló esta consecuencia aterradora: ¡Él había sido el culpable! ¡Él había sido el verdadero seductor!... Para que una mujer se pierda, ha de haber una ocasión propicia, y las mujeres huyen de las ocasiones con ese instinto natural que las avisa del peligro. Y él había atrofiado ese instinto con su conducta. La había demostrado que podía pasearse en coche con un hombre, saliendo del vehículo con la misma pureza que se había entrado; la había hecho ver que no existía riesgo alguno en reunirse con un hombre en un gabinete en donde no hubiese más testigos que el amor... más aún: la había enseñado á desafiar con el cebo de la carne desnuda el hambre de los mastines que atrailla la lujuria. La había hecho confiada para el peligro, y, finalmente, la había hecho perecer en él.

Asustado de su crimen, oyó la voz de su conciencia acusándole, y, ansioso de reparar la culpa, fué en busca de la Pómez para que le ayudase. Ella, la amiga más íntima, de seguro sabría el paradero de Victoria. Quería decirla: "Cuando ese miserable te abandone, ven á buscarme, que mi conciencia nunca está sorda para el deber."

Corrió al Conservatorio y se lo confesó todo á Magdalena.

¡Jesús, qué carcajada tan sonora salió de la garganta de la linda criatura! Quería contestarle, y la risa ahogaba sus palabras. Por fin se aquietó aquel revoltoso cascabel:

—¡Pero Sandoval! Calle usted, hombre; calle usted: si no puede menos de causarme risa todo lo que me ha contado... Y la facilidad con que ella accedía á todo, ¿no le decía á usted nada?... Y el miedo que le tenía al padre, ¿tampoco?

Él estaba loco de confusión, sin poder adivinar nada.

—¿Qué quiere usted decir, Magdalena?

—¡Pues, hombre, que cuando ella hablaba con usted, tenía ya una hija de dos años!

—¡¡...!!

Decididamente, la filosofía es una vieja antipática que no sirve para nada.

Julio de Hoyos.

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

Directorio Madrileño de Industrias, Comercio y Profesiones

A plazos. Sastrería
GUIDOTTI Y NAVARRO
Elegante casa que también trabaja á plazos mensuales.
Carretas, 23 y 25, principal.

Librería Hispano-Americana de la
VIUDA DE GREGORIO PUEYO
Envío de libros, periódicos y revistas á provincias y extranjero. Precios económicos. Catálogo gratis.
Calle de la Abada, núm. 19.-Apartado 322.-Madrid.

MECANOGRAFO
CORRECTA ORTOGRAFÍA. OCHO AÑOS DE PRÁCTICA EN LA MÁQUINA «HAMMOND» Desea colocación. Hace trabajos de copias á máquina y reproducciones.
ESPIRITU SANTO, 24, tercero

Al todo de ocasión
Compro alhajas, antigüedades, encajes, telas, abanicos antiguos y aparatos fotográficos, pianos y pianolas.
FUENCARRAL, 45, TIENDA

EL CUENTO GALANTE

La mejor y más barata de las Revistas literarias

Publica todos los jueves una novela inédita ilustrada á dos tintas

NUMEROS PUBLICADOS

1 **¿Cuál de los dos?,** por Joaquín Dicenta.
2 **Mi hermana Antonia,** por D. Ramón del Valle-Inclán.
3 **El Capricho de Estrella,** por Antonio de Hoyos y Vinent.
4 **Era El,** por Francisco Villaespesa.
5 **Los Reyes pasan,** por Eduardo Zamacois.
6 **La tristeza del burdel,** por Emilio Carrère.
7 **Por la Ronda de Valencia,** por Fernando Mora.
8 **Serafines de retablo,** por Diego San José.
9 **Eleonora,** por Rafael López de Haro.
10 **Augusta,** por D. Ramón del Valle-Inclán.
11 **Amores que allá quedaron,** por Benigno Varela.
12. **Se deshojó la flor,** por Claudina Regnier.
13. **Una aventura de amor,** por Emilio Carrère.
14. **Príncipes y cortesanas,** por Prudencio Iglesias.

Establecimiento tipográfico de JUAN PUEYO.—Calle de Mesonero Romanos, número 34.—MADRID